



POBRES, VÍRGENES Y OBEDIENTES: EN LA FORMA DE VIDA DEL SEÑOR

2ª Ponencia del X EFCSM 2015

P. Luis Guillermo Robles, S. de J.

© 2015. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

Introducción

La Fundación MAIOR me ha pedido presentar en este Encuentro un aspecto de la enseñanza de Hans Urs von Balthasar sobre la vida consagrada y la vida cristiana, partiendo de la introducción a su recopilación de cinco grandes reglas de órdenes religiosos¹. El aspecto que intentaré explicar en esta ponencia es el siguiente: la forma de vida de Nuestro Señor como forma de la vida cristiana en general y de la vida consagrada en particular.

Es importante señalar que la exposición se limitará fundamentalmente a lo expuesto en la introducción que acabamos de mencionar, titulada *Sobre el estado religioso*, y por lo mismo presentará sólo parcialmente el pensamiento del P. Balthasar sobre el tema, aunque siempre con la esperanza de que, parafraseando el título de otro libro suyo, sea posible acceder al todo a través de un fragmento.

Durante este Encuentro se ha presentado un libro que recopila además del texto en que se basa esta ponencia, otros cinco textos breves del teólogo de Basilea traducidos al español que abordan la cuestión que vamos a tratar desde distintos puntos de vista, y cuya lectura permitirá hacerse una idea más equilibrada de la doctrina del autor.

Desde 1994 está publicado en español el libro, de casi 400 páginas, *Estados de vida del cristiano*, cuya extensión permite al P. Balthasar profundizar, con los debidos matices y los contrapesos necesarios, el tema que aquí presentaremos de manera sumaria, corriendo el riesgo incurrir en más de una burda simplificación. Ese libro permite profundizar una cuestión a la que aquí haremos apenas referencia: la relación entre el estado de vida cristiano general y el estado religioso². Además aborda un tema que no trataremos aquí, la relación y distinción entre el estado religioso y el sacramento del orden. En la ponencia utilizaremos continuamente el término analógico “estado”, en el sentido de forma estable de vida. Este es un uso común en español, p. ej. cuando se habla de estado civil.

Para Balthasar, la forma de vida del Señor, su “estado”, en la tierra como en el cielo, corresponde (siempre usando la analogía) a los consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia. Esa es su forma eterna, su estar ante el Padre en el Espíritu Santo antes de la Encarnación (punto I). El hombre, creado a su imagen y semejanza, participaba en el paraíso de la forma del Hijo (punto II), pero la perdió tras el pecado original (punto III). El Hijo de Dios se hizo hombre para restaurar, por la redención, su forma en el hombre (punto IV); para esto preparó y conformó a sí una colaboradora, María, núcleo original de la Iglesia (punto V), en la cual todo cristiano ha de revestir la forma de Cristo (punto VI), de manera especial aquellos que son elegidos y llamados a la consagración en pobreza, castidad y obediencia (punto VII).

I. El estado eterno del Hijo de Dios: el consagrado por excelencia

«A aquél a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo, ¿cómo le decís que blasfema por haber dicho: “Yo soy Hijo de Dios”?» (Jn 10,36).

Lo que sabemos acerca de la vida de la Trinidad lo sabemos a partir de lo que el Hijo de Dios encarnado nos ha revelado, con sus hechos y palabras. A partir de la forma de vida de Jesús, que “no ha venido a ser servido sino a servir” (Mt 20,28) porque su “alimento es hacer la voluntad” (Jn 4,34) de su Padre; que “no tiene donde reposar la cabeza” (Mt 8,20); y que se ha hecho “eunuco por el reino de los cielos” (Mt 19,12), Balthasar afirma (usando la analogía, es decir, reconociendo que se aplica un mismo

¹ Hans Urs von Balthasar, *Die Grossen Ordensregeln (Las grandes reglas de las órdenes religiosos)*. Para la elaboración de la ponencia y para las citas textuales he utilizado la traducción española de Ricardo Aldana a la introducción de ese libro, titulada *Sobre el estado religioso*, publicada en Hans Urs von Balthasar, *Vocación. Origen de la Vida Consagrada*, Ediciones San Juan, 2015.

² «El estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos» (LG 44).

término a dos realidades, según un significado en parte semejante y en parte diferente) que el Hijo de Dios vive eternamente en la forma de pobreza, virginidad y obediencia:

«Él no es obediente: su ser es la obediencia total, y ésta es para Él la libertad eterna. Él no es pobre: su ser mismo es la pobreza, pues su riqueza eterna consiste en no poseer nada que no sea del Padre y en poner todo lo que gana a los pies del Padre. Él no es puro: su ser es la pureza, pues Él no puede concebir ningún pensamiento que de principio a fin no discorra en la perfecta y exclusiva fidelidad de amor al Padre y que a partir de esta unidad armónica no gane justamente la fecundidad infinitamente fluyente del amor» (*Vocación* 12-13).

No simplemente vive en esa forma: su ser mismo es obediencia, pobreza y castidad (pureza, virginidad). Ahora bien, Él es al mismo tiempo obediencia y libertad (libremente quiere lo que quiere el Padre “yo siempre hago lo que le agrada” Jn 8,29); pobreza y riqueza (no tiene nada “suyo”, pero todo lo del Padre es “suyo” Jn 17,10); castidad y fecundidad (“yo estoy en el Padre y el Padre en mí” Jn 14,10).

Estas tres realidades son como tres aspectos de su unión de amor con el Padre en el Espíritu Santo, que constituye su estado. Él es ese amor, y su amor, como todo amor, tiene «la forma interna del voto»³, en una doble acepción (siempre analógicamente expresada): voto como deseo y compromiso vinculante, en este caso de amar siempre más, y voto como entrega, es decir como amor realizado en el entregarse sin medida⁴.

«Su ser mismo de Hijo es un voto eterno e insoluble al Padre, en el que Él deviene el que es: el consagrado por excelencia, que en el partir interminable de su auto-negación gana la misma medida infinita de la auto-donación del Padre, para así, en la unidad del Espíritu, devenir su Imagen perfecta» (*Vocación* 13).

El Hijo se ofrece completamente al Padre (en el Espíritu Santo), el Padre lo consagra a sí (en el mismo Espíritu). La referencia a la auto-negación del Hijo podemos entenderla a partir de varias palabras de Jesús, en las que nos invita a renunciar a nosotros mismos, p. ej. en Mt 16,24-25: «Entonces dijo Jesús a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará”». Jesús no pide nada que no esté eternamente dispuesto a dar.

II. El hombre, creado en Cristo, participa de su estado

«En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos» (Ef 2,10).

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser consagrados e irrepugnables en su presencia, en el amor» (Ef 1,3-4).

³ Hans Urs von Balthasar, *Estados de vida del cristiano*, p. 28.

⁴ Cf. Ricardo Aldana, *Amor y reverencia*, Fundación Maior, 2012, p. 44.

El hombre ha sido creado en Cristo, a imagen y semejanza de la Imagen perfecta del Padre. Al ser creado, ha recibido como don gratuito la semejanza de la forma del Hijo, por eso su estado antes del pecado es participación en el estado del Hijo, participación en su amor:

«Adán fue situado en una existencia en la que la obediencia a Dios debía coincidir con la suprema libertad de ser un hijo-niño agraciado de Dios; en la que la pobreza, que no vislumbraba siquiera la idea de mío y tuyo, debía ser lo mismo que el dominio sobre toda la riqueza de la creación paradisiaca; y en la que la castidad, para la cual la tentación de impureza no era siquiera imaginable, habría poseído en sí la más alta fecundidad, espiritual y corporal» (*Vocación 14-15*).

Este estado es un estar en el amor, a Dios y al prójimo. Ese amor también tiene la forma del voto (vínculo, deseo, entrega) y da origen a una existencia consagrada a Dios (Ef 1,4) inseparable de la entrega al cónyuge (y la eventual dedicación a los hijos). En este estado hay un orden jerárquico del amor, un signo de la realidad creatural del hombre:

«La prohibición de comer del fruto estaba sólo como un signo de atención puesto en el límite, un signo que señalaba al orden jerárquico intrínseco del amor, conforme al cual todo disfrute y gozo de los bienes del mundo debía ser un sacramento, una “eucaristía” del amor de Dios» (*Vocación 15*).

Hay una unión, un vínculo de amor que respetar, en la memoria y la acción de gracias. Podemos entender algo de este vínculo con una imagen. La imagen de un puente, sostenido (y constituido) por tres cuerdas: pobreza, castidad y obediencia (en su unidad con riqueza, fecundidad y libertad). Este puente une en el amor al hombre con Dios.

En el estado paradisiaco este vínculo, esta semejanza, este voto, este puente, debe pasar por una prueba, la prueba de la libertad, de la confianza en Dios. Sólo la confianza permite ir y venir sobre el puente aparentemente frágil del amor y experimentar su extraordinaria solidez.

El estado del paraíso apunta a un estado final, donde el vínculo, pasada la prueba, se convierte en un estado permanente, el estado del cielo, participación perfecta en la forma amorosa del Hijo de Dios, perfecto y definitivo ser hijos consagrados en el Hijo. El fin de toda la creación es el amor, la participación de la creatura en el amor de su creador, la unión del hombre con Dios.

III. El pecado original; el estado del hombre caído

«A la mujer le dijo: “Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará”. Al hombre le dijo: “Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás”» (Gn 3,16-19).

El pecado original siempre será misterioso, a pesar de que todos los hombres llevamos dentro de nosotros algo de su evidencia, bajo la forma de una cierta conciencia de que ni nosotros ni el mundo somos como deberíamos ser, o “estamos” donde deberíamos “estar”. Podemos intentar comprender

algo de un aspecto de ese evento a partir de la imagen del puente que mencionábamos antes.

El puente se sostiene si se sostienen sus tres cuerdas, si se confía (fe y esperanza) por amor y en el amor, en esa misteriosa unidad dual que compone cada una de ellas: pobreza-riqueza; castidad-fecundidad; obediencia-libertad. Si se pierde la confianza, la confianza en que Dios nos ama, se pierde el amor y las cuerdas se rompen.

Por eso la tentación de la serpiente ataca directamente en la confianza: «De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, concededores del bien y del mal» (Gn 3,5).

Al ceder a la tentación, el hombre rompe el puente (el vínculo, el voto) y se separa de Dios. Lo que antes formaba una unidad ahora se separa y se confronta, volviéndose problemático:

«Sólo ahora la obediencia se transformó para la razón autónoma en una posibilidad que puede ser contemplada desde afuera y, en el mismo instante, también en una posibilidad ya no realizable. Sólo ahora la pobreza se transformó en una carga y la riqueza en un problema. Sólo ahora la corporeidad emancipada arruinó el ser sexualmente fecundo de la virginidad, que en adelante como mera negación de la fecundación sólo pudo significar esterilidad. En esta expulsión del paraíso de la integridad original, los hombres perdieron —como dicen los Padres de la Iglesia— no ciertamente la “imagen” natural, pero sí la “semejanza” de gracia sobrenatural, semejanza con la Palabra en la que fueron creados y en virtud de la cual podían imitar la donación de amor del Hijo al Padre en el Espíritu Santo en la actitud de la donación expresada en obediencia, pobreza y castidad» (*Vocación* 16).

Se pierde la integridad del puente, y con ella la del hombre. Se separa lo que en el plan de Dios estaba pensado como unidad: pobreza-riqueza; castidad-fecundidad; obediencia-libertad. Por la desobediencia a Dios la razón sale de la envoltura de la fe, la naturaleza de la envoltura de la gracia, el cuerpo y el instinto de la envoltura del alma. La naturaleza ya no está al servicio de la gracia; se vuelve un fin en sí misma. El cuerpo y el instinto ya no están al servicio del alma.

El hombre entra en un nuevo “estado”, una situación permanente de la que no puede salir por sí mismo. Él no puede restaurar el puente, no puede recuperar la integridad, no puede unirse a Dios con su propio esfuerzo. La riqueza, la sexualidad, la libre determinación, que no son de por sí malas, fuera de su contexto original, (en unidad con pobreza, castidad y obediencia) se vuelven problemáticas.

IV. El estado del Hijo de Dios hecho hombre para redimir al hombre

«Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal 4,4-5).

El hombre no puede reconstruir el puente, no puede restaurar la semejanza con el Hijo de Dios, no puede restablecer la unión amorosa con Dios. Solo el Dios uno y trino puede darle de nuevo la semejanza, sólo Él puede reanudar el vínculo, pero para eso el Hijo tiene que venir al mundo, hacerse hombre para salvar y restaurar al hombre, para reconstruir el puente.

«El Salvador vino desde Dios: la Palabra del Padre. Él sólo cumplió —en un acto único de donación infinita— lo que en vano hubiera intentado el esfuerzo de todas las generaciones. Para esto se trajo a sí mismo: Él trajo la perdida imagen originaria de la creación, haciendo de su esencia, de su vida y de su acción en medio del mundo el punto central de la creación» (*Vocación* 17).

Se trajo a sí mismo, trajo su forma de vida, su estado. Hecho hombre muestra al hombre lo que debe ser, su unidad e integridad original. Pero se hace hombre «en la semejanza de la carne de pecado» (Rm 8,13), es decir, en la forma de la naturaleza caída.

Si quiere reconstruir el puente, tiene que, llevando consigo las tres cuerdas, y sin romperlas, bajar al abismo y subir de él, con todo lo que eso implica. Por eso la feliz y amorosa renuncia de pobreza, castidad y obediencia del Hijo eterno en el cielo, concedida al hombre en el paraíso, que el Hijo del hombre nos presentó en su vida oculta y pública, tomará decididamente el camino y la forma de la cruz: obediencia difícil, sufriente como se ve en el huerto de los Olivos; pobreza que toca y lastima la carne, que deja desnudo, despojado, expuesto, indefenso; castidad que renuncia, que es soledad, pues, no sólo se siente abandonado por el Padre, sino que además entrega a su discípulo y a su madre.

El misterio de la cruz es inagotable, es muchas cosas a la vez. Es aquello que los profetas previeron como destino del justo y a veces hasta representaron con su vida (piénsese en Jeremías). Incluso los paganos podían prever que ese sería el destino del justo (esto sucedió en la condena a muerte de Sócrates; Platón lo expone en modo doctrinal en el libro II de la República⁵).

El Hijo de Dios transforma ese destino del justo en muchas cosas. Para expiar por nuestro pecado, lo toma sobre sí (1Pe 2,24), toma nuestro lugar, se pone en nuestro estado de enemistad con Dios, de lejanía de él (Gal 3,13), y desde allí, desde esa situación, desde el punto más profundo del abismo, da la prueba de la resistencia de su amor al Padre y a los hombres (de su voto, de su consagración); muestra que su amor pobre, casto y obediente, es más fuerte que el pecado, que la muerte y que los infiernos. En su descenso a la pasión, al abandono, la muerte y los infiernos, Jesús, el Hijo de Dios hecho Hijo del hombre, quiere llegar hasta lo más hondo, para ofrecer la triple cuerda de salvación, que de ahora en adelante tendrá siempre la forma de cruz, a todo el que haya caído al abismo, sin importar que tan abajo haya caído. Él puede ofrecer a cada hombre, a partir de su amor casto, pobre y obediente, la unidad de amor con el Padre, que es la fuente de la reunificación del hombre. Así, reconstruye el puente (con su resurrección y ascensión lo culmina, lo lleva hasta el otro lado), y al mismo tiempo hace en la “prueba de esfuerzo”, para mostrarnos que el puente resiste, que siguiéndolo a él, se puede recorrer. Se puede vivir así, en el amor de Dios, en el amor a Dios, incluso hasta y en el martirio.

«En sí mismo llevó a cabo lo incomprensible: representar de modo vivo la unidad primordial paradisiaca y la idea del hombre en la forma de la naturaleza humana rota y desfigurada por el pecado. Por la fuerza del exceso de su amor al Padre le fue dado lograr la síntesis inconcebible del todo y de las partes rotas. Le fue dado incluso hacer aparecer esa unidad no como una posibilidad extravagante y heroica, sino como una realidad a la que los hombres en la gracia de su amor pueden acceder e imitar en toda simplicidad y humildad» (*Vocación* 17).

El Padre concede a este exceso de amor casto, pobre y obediente del Hijo una fecundidad, una riqueza y una libertad tan grandes, que no solo nos redime, nos restaura y nos hace partícipes de su resurrección y ascensión, sino que además nos abre un espacio de participación e imitación en su obra de redención. ¡Un espacio en la construcción del puente! En eso que sólo Él puede hacer, abre un espacio para que colaboremos con Él.

⁵ «Dirán que si realmente lo es, el justo será azotado, lo estirarán en el potro, lo tendrán atado, le harán quemaduras en ambos ojos y al final, tras sufrir toda clase de dolores, será crucificado y descubrirá que no hay que ser justo, sino querer dar la impresión de que lo eres» (*Politeia* II 361e-362a).

V. La participación del hombre en la obra de redención: María-Iglesia

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19,25-27).

Nuestro Señor quiere que la participación en su obra de redención esté presente desde el comienzo de la misma, por eso se prepara una madre, una mujer que pueda decir sí, a nombre de todo el género humano, a la oferta de salvación de Dios a la humanidad, dando un sí a la encarnación y a la totalidad de la misión de su Hijo en el mundo. Una elegida, en provecho de todos. Para que ella pueda dar un sí en el amor, el Hijo la hace participar de su forma de vida, en pobreza, castidad y obediencia. Es el misterio de la Inmaculada Concepción, la pre-redención a partir de la gracia de la cruz:

«Como un primer fruto perfecto de la redención, el Redentor forma a su Madre a partir de la gracia de la cruz, erigiendo en ella una imagen de lo que había sido la idea originaria del ser humano: un ser que no quiere usar su espíritu, su alma y su cuerpo para ninguna otra cosa que para ser servidora y vaso de la Palabra de Dios que habita en ella. Y así, en la plena pobreza de todo lo propio, ella recibe regalada la plenitud de la riqueza de la gracia, y en la virginidad purísima del espíritu y del cuerpo, la máxima fecundidad de ambos» (Vocación 18-19).

Para realizar su obra de redención, y permitirnos participar en ella, el Señor funda en la cruz (y en la Eucaristía) su Iglesia, su esposa inmaculada sin mancha ni arruga. Para esto se vale de la perfecta disponibilidad de su Madre.

«Este misterio nupcial tiene como fin (y por eso desde el principio como su forma interior) la salvación de la humanidad por medio de la cruz. María-Ecclesia es la Virgen-Madre elegida, concebida inmaculada por amor del misterio de su seno, para que ella pueda ser tomada y llevada hasta la cruz en el abandono del corazón pobre y completamente desposeído y, así, recibir en la cruz la última consagración como Esposa del Cordero» (Vocación 20).

Compartiendo la forma de Cristo, María está disponible en el amor para todo lo que su Hijo necesite; su Hijo puede disponer de ella para realizar el misterio nupcial que es la Iglesia. Ella se deja conducir hasta la cruz, donde debe decir un sí, también a nombre de todos, al sacrificio de su Hijo. Debe también permitir que su Hijo en la Cruz disponga completamente de ella, la llame, en vez de “madre” simplemente “mujer” (esposa), le entregue al discípulo como hijo y la entregue al discípulo como madre (cf. Jn 19,25-27) haciendo surgir en ella, a partir de la eucaristía y de la herida de su costado, una nueva fecundidad. Así nace la Iglesia, cuya forma de vida es también pobreza, castidad y obediencia. En ella todos podemos recibir la salvación, ser revestidos de la forma de Cristo (y de la Iglesia) y participar en el misterio de la redención.

María es el fundamento de la Iglesia, su núcleo inmaculado, su disponibilidad perfecta, en pobreza, castidad y obediencia. Colaborando con su Hijo, en perfecta disponibilidad, abre un espacio para nuestra disponibilidad imperfecta. María nos cubre con su manto. Lo que en ella se realiza de modo fundacional y paradigmático, puede y tiene que realizarse en cada cristiano.

Hay un aspecto de la elección de María, que es misterioso, pero al mismo tiempo indispensable para comprender la elección del cristiano y también la elección a la vida consagrada. María no es

elegida en primer lugar “para”, es elegida y amada por ella misma, por eso su misterio es finalmente un misterio nupcial. La respuesta de María a ese amor tampoco es una respuesta “para”, sino amor que responde al amor, y que está completamente disponible. Hay un amor de base que no busca algo más allá de la persona amada, aunque luego produce una enorme fecundidad “para” los demás. Aquí se refleja algo del amor del Padre hacia el Hijo (y del Hijo hacia el Padre): es un amor a la otra persona, pero al mismo tiempo su fecundidad es tan grande que se llama y es Espíritu Santo.

VI. La participación del hombre en la obra de redención: Iglesia-Cristiano

«Replicó Jesús: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?” Dícenle: “Sí, podemos”. Díceles: “Mi copa, sí la beberéis» (Mt 20,22-23).

«Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

La forma de vida de la Iglesia, cuyo centro Inmaculado es María, es participación en la forma de vida del Señor: entrega de amor en pobreza, castidad y obediencia. Todo cristiano debe participar en la Iglesia de esa forma de vida, pero el Señor ha querido que esa participación se realice de dos formas. Con su misma vida ha separado esas dos formas. Esto lo resume San Ignacio de Loyola de la siguiente manera:

«Ya considerando el ejemplo que Christo nuestro Señor nos ha dado para el primer estado, que es en custodia de los mandamientos, siendo él en obediencia a sus padres, y asimismo para el 2º, que es de perfección evangélica, quando quedó en el templo, dexando a su padre adoptivo y a su madre natural, por vacar en puro servicio de su Padre eternal; comenzaremos juntamente contemplando su vida, a investigar y a demandar en qué vida o estado de nosotros se quiere servir su divina majestad» (EE 135).

Cuando Jesús permanece en el templo, dejando a María y a José, hace una anticipación de su partida definitiva en el momento de comenzar su vida pública. En ella podrá decir, cuando sus familiares lo buscan, esta frase sorprendente: «“¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos...”» (Mt 12,48). Se ve claramente aquí que aquellos a quienes ha elegido y llamado comparten su nuevo estado⁶. También ellos han tenido que dejar todo para seguirlo.

María tiene un papel en esta separación de los estados. Durante la vida pública ella permanece en el primer estado (y puede ser así “utilizada” para mostrar la separación entre ambos, como se ve en el texto de Mateo apenas citado). En cambio, al pie de la cruz, es trasladada por su Hijo al otro estado, por eso no la llama más “madre”, sino “mujer”, como veíamos en el apartado anterior.

«Existen, pues, dos formas eclesiales de vida, dos y no más. Una es representación viva de la pura forma de vida de la Iglesia; la otra, representación viva de la forma de vida creatural de la familia bajo el signo y en el espíritu de la forma de vida de la Iglesia. Se podría decir que en la primera la forma eclesial es también materia, mientras que en la segunda ella informa la materia de la creación» (Vocación 21).

En ambas formas de vida se participa de la forma de vida de la Iglesia (y de la forma de vida de Cristo), pero de dos formas distintas. Podríamos decir que en una forma de vida (la de los consejos) se

⁶ Schurmann, H. *Le groupe des disciples de Jésus, signe pour Israël et prototype de la vie selon les conseils*, en *Christus* 50 (1966) 184-209.

vive a la letra en pobreza, castidad y obediencia; en la otra forma de vida (la de la familia) se vive “en el signo y el espíritu” de la pobreza, castidad y obediencia.

«El carácter irreductible de ambas formas [...] se ilumina primariamente [...] en la nupcialidad: carácter nupcial que para unos se realiza en el matrimonio como alianza fiel entre seres humanos en Dios y en el Espíritu de la Iglesia Esposa, para otros en la virginidad de María siendo hundidos en la alianza de fidelidad de la Iglesia a su Señor divino-humano» (*Vocación 21*).

Lo irreductible de ambos estados se ve en que unos pueden casarse, mientras que los otros renuncian a ello, tras una llamada del Señor, por el reino de los cielos. En ambos estados se vive la nupcialidad, pero de forma distinta. También la pobreza y la obediencia se viven en manera distinta, en modo literal (dejarlo todo, ponerse en obediencia bajo un superior) o “bajo el signo y en el espíritu”. Mediante pobreza, castidad y obediencia entendidas a la letra, la persona queda completamente expropiada para el servicio del Reino de los Cielos.

La unidad de ambos estados se basa en el bautismo, por el que todos los cristianos son introducidos en la pasión, muerte y resurrección del Señor, y son admitidos a participar en la obra de su redención.

«En la fe bautismal, en la donación bautismal y en la alianza bautismal existe algo así como un voto radical e irrefutable, la post- y co-realización del gran voto de la Esposa Iglesia virginal a su Esposo, una alianza tan definitiva que nada puede disolverla. Y todo voto religioso no puede hacer más que seguir penetrando en esa alianza originaria entre Cristo y la Iglesia, sellada en el bautismo y en su carácter indeleble, entenderla y vivirla de un modo siempre más radical» (*Vocación 25*).

Quien es cristiano debe saberse elegido y llamado por Dios. Esa elección tiene un aspecto primario: Dios Padre, en su amor apasionado y celoso, toma a un ser humano para sí, en su Hijo, mediante la acción del Espíritu Santo. Esta elección de amor quiere una respuesta de amor. Si se responde al amor con amor, surge una fecundidad para la Iglesia y para el mundo.

VII. “El estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos” (LG 44)

«Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él» (Mc 3,13-14).

Es nuestro Señor quien ha establecido dos estados de vida en la Iglesia. Es él quien elige y llama para el camino de la consagración.

«La diferenciación de los dos caminos y estados de vida acontece por Cristo, el Señor de la Iglesia. Sólo Él llama al camino de la consagración, a nadie le está permitido elegir esta forma de seguimiento a no ser sobre el fundamento de una clara llamada del Señor» (*Vocación 30*).

¿Por qué el Señor ha querido separar los estados de vida en la Iglesia? ¿Por qué elige y llama a algunos con una nueva llamada? Es difícil responder a esta pregunta. Parte de la respuesta es que el Señor quiere que algunos puedan participar de su forma de vida, de su propia intimidad, de su pobreza,

castidad y obediencia en manera radical, a la letra. Quiere que, dejándolo todo, estén con él (Mc 3,14). Ahora bien, si todos los cristianos hiciesen así, nadie en la Iglesia cumpliría el mandamiento original de Dios Padre «sed fecundos y multiplicaos» (Gn 1,28). Quien no es llamado a este camino permanece en el estado familiar, en el que, en línea de principio, se busca cumplir ese mandamiento.

«La llamada a la vida consagrada es el ofrecimiento amoroso de su propia intimidad, de la propia forma de vida del amor que se dona. Por eso, esta llamada siempre ocurre con la delicadeza y el tono del amor que invita» (*Vocación* 31).

La llamada es una gracia, es un “consejo”, «si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres... luego ven y sígueme» (Mc 10,21). Pero al mismo tiempo es amor celoso y apasionado de Dios, que quiere reservar para sí una persona. Por eso a veces el Señor no pregunta, simplemente dice “sígueme”, como a San Mateo.

«Esta posibilidad de vivir radicalmente la realidad cristiana no se opone al estado secular como una segunda forma de ser cristiano, es la misma forma en su propia potenciación, es el manifestarse de una consecuencia que existe en ella, pero que sólo se hace visible por la nueva iluminación de la luz de gracia de la llamada» (*Vocación* 32).

En ambos estados es posible vivir la perfección del amor a Dios y al prójimo. Por amor se está disponible para uno u otro estado. Por amor, si uno no es llamado, se permanece en el estado familiar. Por amor se está dispuesto a seguir al Señor, renunciando a todo, por un camino que al mundo le parece imposible, en una existencia que no se basa en presupuestos naturales (casarse, estar en familia, ser previsor, auto determinarse) sino en la pura misión cristiana:

«Por esta fundación, lo mundanamente imposible es garantizado como posible a partir de esa realidad hacia la cual el que renuncia camina: la cruz. El paso a la cruz sólo es posible si es un paso total e indiviso. En ningún lugar el Señor es tan claro y exigente como aquí: sólo la renuncia completa, sin mirar atrás, sin siquiera despedirse, sólo el ciego y desnudo arrojarse en el seguimiento abre el acceso al estado de los que son llamados a la *sequela Christi*. Quien no pueda decidirse a esto, el que se disculpa, aunque se trate de las ocupaciones más urgentes de este mundo –comprar una casa, una yunta de bueyes, tomar una esposa, incluso enterrar al padre– él ha descuidado, ha perdido el acceso. Es imposible interpretar de modo simbólico el estado religioso así fundado» (*Vocación* 24-25).

Una renuncia, en pobreza, castidad y obediencia, que va hacia la cruz, según la modalidad que la forma de vida del Señor adoptó cuando vino a redimirnos. Una llamada a estar con él, precisamente allí, al pie de la cruz, entre María y Juan. Y sí, para seguirla es necesario dar un paso total e indiviso. No es un símbolo: «nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Lc 18,28); «vamos también nosotros para morir con él» (Jn 11,16).

Volvamos a la pregunta ¿por qué el Señor ha querido separar los estados de vida en la Iglesia? ¿Por qué elige y llama a algunos con una nueva llamada? Otra parte de la respuesta se puede iluminar si miramos a María. En ella el Señor ha querido edificar el núcleo más íntimo, el centro de su Iglesia. Ella es elegida también a favor de los demás. Al pie de la cruz la nueva comunidad de vida en la que su Hijo la pone junto con Juan es sí imagen de la Iglesia, pero también imagen de la vida consagrada en la Iglesia: el discípulo virgen junto a la Madre virgen.

El Señor quiere que la vida consagrada esté en el centro de la Iglesia, alrededor de María. Como ella, debe estar toda orientada hacia el Esposo que ha llamado, elegido y separado (pues la vida

consagrada es en primer lugar vida para y con el Señor). Al mismo tiempo, como ella, debe ser fecunda a favor de todos. Desde el centro de la Iglesia, la levadura de la elección debe fecundar toda la masa.

Además, como María con ella y junto a ella, debe ser modelo para los demás, luz que brilla en lo alto del monte, y que viviendo a la letra en pobreza, castidad y obediencia, anima a quienes viven el estado familiar a vivir “bajo el signo y en el espíritu” de pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vida del Señor.

«Precisamente así, tomando literalmente el dejarlo todo, el estado religioso es el signo visible, cuasi-sacramental, del voto de toda la Iglesia: y sin este “sacramentum” no existe la “res” en la Iglesia. Pues ya la Iglesia misma tiene en María al mismo tiempo su realidad más íntima y su símbolo: *res et sacramentum*. Por eso, la presencia de cristianos totalmente donados, acogidos y consagrados a Cristo no es para la Iglesia sólo deseable, sino necesaria. Necesaria más por el ser mismo de los consagrados que por su actividad» (*Vocación 25-26*).

Sin el núcleo de la Iglesia – no sólo en María, sino también en la vida consagrada – se pierde la realidad fundamental de la Iglesia. Se pierde ese signo hacia el que hay que mirar para saber ser Iglesia. Por esto mismo:

«Toda genuina reforma animada por el Espíritu originario del Evangelio parte siempre de nuevo de los consejos de Jesús, cuya representación viva –a pesar de la extrema diversidad de formas de la vida religiosa a través de los tiempos– permanece tan eterna e intocablemente idéntica en su forma fundamental como la Iglesia en su totalidad. [...] La vida de los consejos seguirá siendo hasta el fin del mundo el custodio de la totalidad del Evangelio» (*Vocación 27*).